

JACK WHYTE

La piedra y la espada

CRÓNICAS DE CAMELOT - I

*La historia de Goyo Publio Varrón y
el origen de la leyenda del rey Arturo*

novela histórica

emecé

JACK WHYTE

La piedra y la espada

Crónicas de Camelot N°1

Traducción de César Atra

Emecé

Sinopsis

En el siglo IV d.C., el Imperio Romano está en plena decadencia. Las legiones romanas comienzan a retirarse de los territorios conquistados y Britania se encuentra rodeada de pueblos bárbaros a la espera de poder adueñarse de ella. Gayo Publio Varrón, legionario romano nacido en Britania y antepasado del mítico rey Arturo, se ve obligado a abandonar el ejército a causa de una herida y volver a la herrería de su abuelo con la intención de aprender el oficio. Allí descubre que Britania significa para él algo más que «el lugar donde vive», y junto a Británico, su general y amigo, se preparan para sobrevivir al desastre que se avecina. Para ello escogen un enclave al norte de Cornualles, el futuro reino de Camelot, donde intentarán preservar los valores más sólidos de la civilización romana y sentarán las bases para una futura nación libre de conquistadores. Narrada en la voz de Publio,

Título Original: The Skystone
Traductor: Atra, César
©1998, Whyte, Jack
Editorial: Emecé
ISBN: 9788478883844
Generado con: QualityEbook v0.86
Generado por: Silicon, 06/07/2018
Jack Whyte
La piedra y la espada

TÍTULO original: The Skystone
Traducción: César Atra
Copyright © Jack Whyte, 1996
Copyright © Emecé Editores, 1998
ISBN: 84-7888-384-3
Depósito legal: B-4.004-1998
1ª edición Printed in Spain

A mi esposa, Beverley,
que siempre creyó,
pero ahora casi no puede.

LA LEYENDA DE LA PIEDRA DEL CIELO

Del cielo nocturno caerá una piedra que oculta una doncella nacida de sombrías profundidades, una doncella cuyos flamívoros misterios femeninos darán vida a una espada centelleante, un arma cegadora cuyo poder nutre guerre-

ros. Más que eso, esta arma contendrá los engaños de la mujer y causará desgracias a los hombres; dará nombre a una era;

coronará a un rey venido de un clan de la montaña que sueña con ser engendrado de la simiente del dragón; caerán hombres vigorosos, heroicos, orgullosos, con grandeza de alma.

Este rey y monarca, poderoso entre los suyos, hecho para la gloria, cantando una canción de espadas, envolviendo en niebla de mágica locura a los mortales, engendrará una leyenda, aunque no dejará a nadie para conducir sus huestes al triunfo cuando él desaparezca.

Pero la muerte no empañará el destino de quien, sin morir, vivirá siempre esperando a que lo llamen de nuevo.

LIBRO UNO

La invasi3n

I

HOY CUMPLO sesenta y siete aÃ±os, un caluroso dÃ­a de verano del aÃ±o 410, segun el nuevo sistema cristiano de fechar el paso del tiempo. Soy viejo, lo sÃ©. Mis huesos son viejos, pero mi mente no ha envejecido con mi cuerpo.

Me llamo Cayo Publio Varr3n y es probable que sea el Ãºltimo hombre vivo en Britania que pueda afirmar que march3 bajo las 3guilas del ejÃ©rcito romano que ocup3 este paÃ­s. Los otros que marcharon conmigo no s3lo est3n muertos sino que lo est3n hace muchÃ­simo tiempo. Pero yo puedo recordar con toda claridad los aÃ±os que pas3 en las legiones.

He conocido hombres que se negaban a admitir que habÃ­an desfilado con los ejÃ©rcitos. Fueran cuales fuesen sus motivos, peor para ellos. Recuerdo con frecuencia mi Ã©poca de legionario y la recuerdo con afecto y gratitud, porque la mayorÃ­a de mis grandes amistades nacieron en las legiones, y allÃ­ conocÃ­ tambiÃ©n, indirectamente, a mi esposa, la madre de mis hijos y la que comparti3 mis sueÃ±os.

Hay momentos en que pienso en mis dÃ­as castrenses con un eco de risa incrÃ©dula en el coraz3n. Recuerdo la confusi3n, el caos y todas las pequeÃ±as y grandes flaquezas; los fallos humanos que salen a la superficie en la vida militar; y mis opciones son claras: reirme de ellas o llorar.

Recuerdo, por ejemplo, c3mo pas3 la tarde un dÃ­a de verano, hace m3s de cuarenta aÃ±os, en 369. Era mi Ãºltimo dÃ­a

de soldado romano y estaba conduciendo a mis hombres, y a mi general, montaña arriba hacia una emboscada.

Nunca es agradable caer en una trampa, Dios lo sabe, pero la trampa en que caímos aquel día fue la peor que había visto en todos mis años de soldado. Los paganos que nos atraparon surgieron de las rocas. Criaturas salvajes, terroríficas, medio hombres medio cabras del monte, nos cogieron completamente por sorpresa en un alto desfiladero en el centro mismo de la escarpada cadena de montañas que recorre Britania.

Hacia dos días que íbamos subiendo, avanzando con precaución y creíamos que en secreto, a través de valles y pasos apartados de las vías principales. Queríamos llegar sin avisar al lado oeste. Los pocos oficiales montados, yo incluido, habíamos hecho a pie la mayor parte del camino, llevando a los animales de la brida. Acabábamos de entrar en este desfiladero y de montar, aliviados porque tenía el suelo bastante llano, cuando nos aplastó una lluvia de grandes rocas lanzadas desde arriba.

Los tres hombres con los que yo estaba hablando quedaron convertidos en una masa sanguinolenta ante mis ojos por una roca que les cayó encima, salida de la nada. Ni siquiera la vieron. No creo que ninguno de los muertos en aquel primer minuto apocalíptico viera acercarse la muerte. Fue todo tan rápido que quedé aturdido. No se me ocurrió pensar que nos estaban atacando, porque no habíamos avistado tropas hostiles en más de una semana y no esperábamos encontrarlas allí, en las montañas.

Las primeras rocas voladoras causaron una carnicería entre nuestros hombres, que se habían reunido en el suelo rocoso, exhaustos después de la larga y difícil subida. Las montañas, en las que hasta ese momento sólo se habían oído jadeos, alientos roncós y murmullos de maldiciones, de pronto resonaron con el rugido de rocas rodando y los gritos de dolor de hombres mutilados o agonizantes. Y entonces apareció el enemigo, surgiendo, como he dicho, como cabras monteses de las paredes del desfiladero encima de nosotros.

Británico, mi general, se había retrasado desde la cabeza de la columna hacía un momento para meter prisa a los hombres; al hacer girar mi montura, vi la pluma carmesí de su yelmo a unos treinta pasos, agitándose mientras él trataba de impedir que su caballo, presa del pánico, retrocediera. Por los riscos encima de él surgían hombres que se deslizaban, vestidos con pieles de animales, y yo empecé a fustigar a mí asustada montura para salir de aquel caos e ir a donde pudiera organizar una resistencia efectiva.

No valía la pena. No había posibilidad de hacer nada. En cuestión de segundos, todo el desfiladero era una masa de hombres combatiendo cuerpo a cuerpo. Era un combate que, pasara lo que pasase, sería ganado por el vigor y el valor, no por la táctica.

Yo empleaba mi caballo como ariete, abriéndome paso en la masa de cuerpos, golpeando a diestro y siniestro con una lanza que había cogido a un caído, pero era como uno de esos horribles sueños en que nada anda como es debido y todo se mueve más despacio, menos las fuerzas que lo amenazan a uno.

El estrecho sendero del risco donde nos hallábamos estaba partido por una cresta de roca, afilada como una espada, que abarcaba la tercera parte de su longitud. Llegué a un extremo de este muro natural en el preciso momento en que mi caballo se derrumbaba, fatalmente herido pero sin poder caer de inmediato por la presión de los cuerpos. Me las arreglé para saltar antes de que cayera y me encontré en el borde de la roca, por encima del nivel del combate, sin nadie que me amenazara. Miré a la derecha y vi a Británico, enseñando los dientes en un gesto de dolor, a menos del largo de una lanza de mí, con una flecha clavada en el muslo, encima de la rodilla. Era una flecha de pluma roja, muy bonita, y lo había atravesado limpiamente, clavándolo a su caballo que gritaba y que, como había pasado con el mío, no tenía sitio donde caer. Mientras yo miraba, una mano safio de la masa que lo rodeaba, aferró el fuste de la flecha y tiró hacia abajo. Él gritó y su caballo se inclinó y cayó hacia ese lado, aplastando la pierna clavada bajo él.

No recuerdo haber cruzado el espacio que nos separaba. Lo siguiente que recuerdo es hallarme a la altura del caballo, directamente sobre Británico, buscando un espacio libre para saltar. La masa se abrió y salté y recibí un lanzazo en el pecho, mientras estaba en el aire, que me hizo caer de espaldas. Mi coraza pectoral había desviado la punta de la lanza, pero vi que su dueño preparaba un nuevo golpe. Traté torpemente de rodar hacia la derecha cuando la volvió a lanzar, y esta vez sentí su punta entrar entre las placas de mi armadura, debajo del hombro. Volví a rodar desesperadamente, poniendo todo el peso del cuerpo contra el palo, y logré arrancar la lanza de manos del hombre mientras uno de mis propios hombres le clavaba una espada bajo el brazo. Cayó de rodillas y murió allí mismo, con los ojos abiertos y asombrados. Cuando empezó a derrumbarse sobre mí yo ya estaba de pie, sin hacer caso de la lanza que había caído a mi lado, sacando el puñal. La espada la había perdido. Una mano me cogió el hombro izquierdo y me hizo girar violentamente antes de que yo hubiera recuperado el equilibrio. Lancé un corte a ciegas y encontré un cuello desnudo con la hoja del puñal, antes de volver a caer, oyendo una voz dentro de mi cabeza que me maldecía por no haber podido seguir en pie.

Había sangre por todas partes. Pude ver a Británico a mi lado mirando, con la cara pálida como la muerte, y entonces alguien más cayó encima de mí, roncando su propia muerte en mi oído. Perdí la razón intentando con furia ponerme de pie. Moví los brazos en todas direcciones, agarrándome a lo que hubiera, arrojando a alguien lejos (no sabré nunca si amigo o enemigo) y logré erguirme, hasta ver que no tenía armas en la mano y volver a caer. Caí de rodillas y esta vez no puede levantarme. Una voz gritó: «¡Varrón!», y una mano apareció por mi izquierda, con los dedos extendidos hacia mí. La agarré y me levanté, y mientras lo hacía vi con toda claridad un hacha de bronce, de astil terminado en punta, que cortaba limpiamente por la muñeca la mano que me ayudaba.

El tiempo se congeló. Vi al dueño del hacha volverse hacia mí, balanceando el arma, y supe lo bien que cortaba aquel filo.

Aún recuerdo con claridad los detalles de aquel instante. El hombre era corpulento, de barba roja, con una mueca de furia que ponía al descubierto sus dientes negros y podridos. Llevaba una piel de lobo sobre el pecho desnudo y otra sobre las caderas, sostenida por un cinturón de cuero en el que había una larga daga. Vio un muerto mirándolo desde mis ojos. Una voz en mi mente me decía que así era, y ya me preparaba para la muerte cuando ese mismo brazo sin mano, por el que se iba la vida, se giró hacia él, arrojándole la sangre rojo brillante a los ojos y cegándolo por el tiempo necesario para ir hacia delante, arrancarle la daga del cinturón mientras él se derrumbaba y hundírsela hasta la empuñadura entre sus costillas desprotegidas.

Mientras caía, encontró de algún modo la fuerza para lanzar el hacha hacia atrás y golpear desde abajo hacia arriba, y sentí la caricia lacerante del filo subiendo de la rodilla hasta la ingle, hasta clavarse en mi entrepierna. Bajé la cabeza, encogiéndome ante la violencia del golpe, y vi el grueso mango, como un inverosímil falo de madera, asomando por debajo de mi túnica. El dolor estalló, recorriéndome con furia mientras caía en un remolino de tiniebla chirriante, todavía aferrando la mano cortada de mi salvador.

Ganamos. ¿Cómo? Nunca lo sabré. Pero ése fue el final de mi carrera como seguidor de las águilas. En realidad, debería haber sido mi propio final. El hacha se había desviado de mis testículos y había salido por mi nalga izquierda, pero había dañado el tendón posterior de la rodilla y me había abierto todo el muslo, hasta el hueso. Los médicos quisieron cortarme la pierna inmediatamente, al terminar la batalla, antes de sacarme de las montañas porque pensaron que no sobreviviría al viaje. ¡Gracias a Dios recuperaré la consciencia a tiempo! Me negué como un desesperado, sabiendo que la supervivencia entre amputados era casi nula. Pero no me habría servido de nada de no ser por Cayo Británico. Insistió en que me cauterizaran y cosieran. Yo le ha-

bía salvado la vida más veces de las que podía contar, juraba, y si yo tenía que morir, entonces por todos los dioses del cielo, me había ganado el derecho a morir con las dos piernas. Yo era su primus pilus, declaró, y un primus pilus tenía derecho a sus dos piernas, vivo o muerto.

Estaba en lo cierto. El primus pilus (literalmente primera lanza) era el rango más alto y exclusivo que podía alcanzar un soldado común dentro de su legión. Roma tenía sólo veintiocho legiones de servicio en ese momento y cada una tenía un primus pilus. Como primus pilus de mi legión, yo era oficialmente reconocido como uno de los veintiocho mejores soldados profesionales de las legiones imperiales de Roma.

Ningún hombre que haya marchado tras las águilas podrá negar esto nunca. Cada primuspilus, durante los mil años de dominio de Roma, se ganaba el ascenso siendo el mejor entre sus iguales en cada momento de su carrera. Se ascendía habitualmente sin desviación ni mancha, desde los rangos más bajos hasta el puesto de honor, a través de las centurias de la legión, hasta el puesto final de primera lanza. Todos, incluidos los funcionarios políticos y los cargos (legados jóvenes, personal administrativo y tribunos) respondían ante el primuspilus en materia de táctica, disciplina, disposiciones de tropa y administración cotidiana de los asuntos de su legión. Por su parte, el primus pilus respondía directamente y sólo ante el general de su legión, en mi caso el legado Cayo Cornelio Británico.

No sé cómo sobrevivimos los dos al viaje de regreso a la llanura, pero cuando llegamos, Británico me alojó en su tienda para enfermos y fui atendido por Mitros, su médico personal. Nos quedamos allí en nuestros catres, codo con codo, esperando curarnos; y mientras esperábamos tuvimos tiempo de sobra para explorar nuestros pensamientos; para mí, debo admitirlo, fue una experiencia novedosa entonces. Creo que pudo ser durante esos días cuando se me ocurrió por primera vez la idea de contar esta historia, pero no puedo afirmarlo con absoluta seguridad.

¿Dónde encuentra un hombre el valor para imaginar la posibilidad de contar un cuento como el que yo tengo que contar? «Dentro de sí mismo», puede ser la respuesta más conveniente, pero en este caso especial es a la vez inadecuada e incorrecta. Mi actual decisión de contar esta historia (y es una historia que a menudo me ha parecido caprichosa y absurda hasta a mí, pese a que la he venido escribiendo durante muchos años) surge del hecho de que, en Cayo Británico, tuve un amigo de por vida y un mentor cuya visión profética e integridad moral sigue asombrándome. Gracias a la fuerza de su carácter, a sus poderes de percepción y evaluación y a su insistencia en necesitarme, pude sobrevivir hasta el final de todo un mundo, y después empezar una nueva vida a una edad en la que otros hombres se tienden a morir.

Ahora que soy de veras viejo, el miedo a dejar este cuento sin contar, y en consecuencia condenar a mi amigo a la eterna oscuridad sin ser cantado y elogiado, refuerza mi decisión de escribir. Al conseguir por fin esa fuerza, he luchado por encontrar un comienzo para mí cuento, del modo en que un chico busca perversamente el centro de una cebolla, cegándose con las lágrimas mientras se obstina en esa tarea imposible. Ahora sé que no hay un comienzo real. Hay sólo memoria que fluye donde el terreno la lleva.

Cayo Cornelio Británico no fue un buen enfermo. No le gustaba verse confinado a la cama, pero hasta que no se curó el agujero en su muslo no pudo levantarse. Lamentablemente, como resultado de ello, aquellos primeros días fueron los peores que yo haya pasado en su compañía. Le estaba agradecido, pero era difícil soportarlo con el estómago vacío, y como pasé aquellos primeros días vomitando las medicinas que me daba Mitros, mi estómago estaba vacío. Habría preferido compartir el cuarto con un leopardo hambriento. Pero con el tiempo empezó a apaciguarse y a aceptar su inactividad con resignación, más propia de él. A partir de entonces hablamos, o más bien él habló y yo escuché, arrojando ocasionalmente mi moneda de cobre a la pila de las suyas de plata y oro.

De vez en cuando la monotonía de nuestro confinamiento se rompía cuando uno u otro tenía una visita, pero los hombres que venían a visitarme se sentían torpes e incómodos en presencia de mi augusto anfitrión y compañero. Para mí, él era mi legado, mi compañero de armas de varios años, y un amigo en quien confiar. Para mis visitantes, era el viejo Cara de Águila, el general, y por ello su peor enemigo y su dios. Susurraban algo, se frotaban las manos y no veían el momento de irse.

En una de esas ocasiones, después de una visita muy breve de dos subordinados de mis cohortes de centuriones, me volví hacia Británico y vi que estaba dormido, boca arriba, con la nariz aguileña dibujándose contra la luz. La imagen me trajo una marea de recuerdos.

África, 365

No se pasan dos años en el servicio activo en África sin aprender a protegerse del sol durante la parte más calurosa del día. Yo estaba protegido y razonablemente cómodo dormitando, cuando algo me despertó con un sobresalto. Me quedé inmóvil, conteniendo el aliento y con los oídos atentos, y esperé a que la cosa que había hecho el ruido volviera a hacerlo. Entonces, en alguna parte a mi espalda, casi fuera de mi campo de audición, un camello tosió y esta vez me puse de rodillas, con la cabeza inclinada bajo las rocas que me daban sombra, tratando de localizar la dirección de donde venía el sonido. Un soldado romano encuentra pocos amigos en el desierto; y ninguno monta un camello.

Había cinco hombres, cuatro montados en camellos y vestidos con las túnicas largas, negras y asfixiantes de los bárbaros nómadas que infestan esas tierras. El quinto hombre caminaba entre dos jinetes, y algo en su postura, aun a esa distancia, me indicó que llevaba las manos atadas a la espalda. El hecho de que caminara hacía obvio que era un prisionero. Estaban a una milla de mí cuando los vi, a través del aire ondulante por el calor, y se aproximaron lenta y firmemente hasta que el caminante cayó de rodillas, obligan-

do a la pequeña caravana a detenerse y esperar a que se pusiera en pie. Incluso a aquella distancia pude ver que era uno de los míos, pues llevaba túnica corta, de estilo militar. Pude ver también que estaba medio muerto. Me aplasté contra la roca, asomando los ojos sobre la cima de la pequeña colina en la que estaba, y vi al desdichado tambaleándose mientras el grupo se acercaba a mi escondite. Lo llevaban atado del cuello con dos cuerdas, que sostenían por los extremos cada uno de los dos jinetes que lo flanqueaban.

No temía que me pudieran encontrar. Pasarían a mi izquierda, con rumbo al pozo de agua, que era la única agua en millas a la redonda. Yo había acudido al alba. Había bebido y llenado mis bolsas de agua, y después había buscado alrededor hasta elegir esta colina rocosa para esconderme durante el largo día. Aquí estaba protegido del sol y de los visitantes por rocas altas y una manta estratégicamente tendida, y mi caballo estaba cómodo y bien escondido. No había dejado huellas visibles para ningún ojo casual o inquisitivo. Esperaba la caída de la noche, cuando cruzaría las cinco leguas de desierto hasta la costa del mar, y cogería la galera que me sacaría de África rumbo a mi casa en Britania, navegando a lo largo de las costas de Hispania y Galia. Detesto África. La odio desde el fondo de mi alma de legionario, y por la mejor de las razones, que comparto con cualquiera que haya cargado una mochila militar por esas arenas olvidadas de Dios: estuve allí como soldado. Para mí es una tierra con sólo dos caras, una de las cuales es falsa. La cara falsa es una máscara de prostituta, pintada para disimular la corrupción y la decadencia. Es la cara del África urbana, chillona con sus lujos vulgares y exóticos. Es la cara que ven con más frecuencia los diplomáticos y los ricos mercaderes romanos. Pero lejos de los placeres carnales y los palacios de sus ciudades, África muestra su otra cara, su cara real, a los soldados romanos. Esa cara burlona está torcida por el odio, envenenada por la hostilidad.

Los soldados que patrullan los mortíferos eriales africanos a pie no se hacen ilusiones sobre su vastedad o sus misterios;